

Historias de bibliotecas, del lado de acá

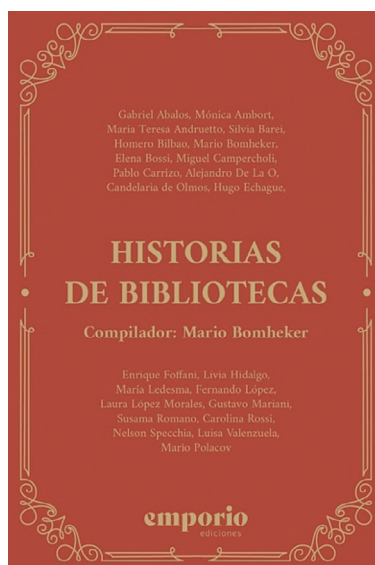


Silvia Barei* y Graciela Ferrero**

Silvia Barei y Graciela Ferrero escriben sobre un libro de relaciones íntimas, la de los escritores con sus bibliotecas. Nacido de una idea de Mario Bomheker, quien compiló los textos, estos artículos bien podrían abrirse a debate con uno de los epígrafes que él mismo eligió para el prólogo: “*Toda pasión limita con lo caótico, pero la pasión del coleccionista limita con el caos de los recuerdos*”. Desempaco mi biblioteca, Walter Benjamin (1931).

* Doctora en Letras Modernas, ensayista, poeta e investigadora de la Universidad Nacional de Córdoba. Desarrolló una extensa trayectoria académica como docente de grado y posgrado en la Facultad de Lenguas de la UNC y en otras universidades nacionales y latinoamericanas. Fue decana de la Facultad de Lenguas y vicerrectora de la Universidad Nacional de Córdoba.

** Doctora en Letras, abogada, poeta, ensayista, docente e investigadora. Actualmente es Decana de la Facultad de Lenguas de la Universidad Nacional de Córdoba. Ha desarrollado una extensa trayectoria académica como docente e investigadora en el campo del hispanismo y la literatura española, en particular sobre el exilio republicano. Este escrito, levemente modificado, fue leído en la presentación del libro realizada en Córdoba el 4 de junio de 2026.



Antología federal con epicentro en Córdoba, el libro compilado durante 2025 reúne a 23 escritores que empeñan su palabra en nombrar, trazar, cribar la relación sostenida con sus bibliotecas: algo de ese eros andante que, acaso por costumbre o tradición, yace agazapado.

Voces constantes

Silvia Barei

Frente a una antología que me regaló hace poquito un grupo de escritores, yo me preguntaba: ¿qué son la palabra, la escritura, los lectores, un libro, una antología?

Y me contestaba: un punto en común, una zona de abrazo, un espacio compartido, un lugar de reunión.

La misma pregunta cabe ahora frente a esta nueva e inusual antología que tengo entre manos y de la que soy arte y parte. Veintitrés escritores fuimos convocados por Mario Bomheker bajo una consigna: hablemos de nuestras bibliotecas.

En el Prólogo, el mismo Mario (Bomheker) cuenta lo que se le ocurrió viendo una tela de araña que colgaba de su biblioteca:

Esa tela, leve y persistente, me hizo pensar en muchas cosas: en lo que significa para mí esta biblioteca que me acompaña hace tantos años, en los libros que la habitan y en las capas (no solo de polvo) que el tiempo va dejando sobre ellos. Y también que, al igual que en la vieja leyenda, la biblioteca ha sido un cálido refugio en aquellos momentos de mi vida en que más vulnerable me he sentido. Me propuse escribir sobre eso. Al cabo resultó un texto con el que no supe muy bien qué hacer.

Y pues, como no supo qué hacer, se le ocurrió invitar a distintos escritores, que habrán sido primero cinco o seis, luego diez o doce y finalmente, veintitrés. Y esos veintitrés, de distintas partes del país, entusiasmados y agradecidos por el convite, nos pusimos a pensar, a recordar, a escribir historias, memorias trasnochadas y no tanto, anécdotas que relatan cómo se ha ido construyendo nuestra relación personal con una biblioteca que es la nuestra pero también la de padres y madres (que al igual que la pareja pueden estar juntas o separadas), o de abuelos lectores y abuelas analfabetas, la de la escuela y su bibliotecario de cara severa, la biblioteca popular del pueblo o de un centro cultural, la que trasladamos de mudanza en mudanza, la que escondimos, la vencida por el peso de los libros, la de extraña forma giratoria, las bibliotecas colgantes, las empotradas o alojadas aleatoriamente en distintos muebles y lugares (las hay en la cocina, en el baño, en la galería y en la piecita del fondo), la que se ha engrosado o reducido con los años “para aligerar el equipaje” (Mónica Ambort). También la biblioteca oral de la “nonna Santina” (Elena Bossi), o de la abuela Lela (Carolina Rossi), las bibliotecas circulantes, las populares, las de centros de investigación, aquellas que ocultaron libros forrados o disfrazados de otra cosa, las que llenaron un cajón de frutas, las que guardan las colecciones de historietas y cuentos infantiles, “libros de náufragos, emperatrices y mujercitas” (Candelaria de Olmos), esos que leíamos de chicos y hasta la biblioteca imaginaria que nunca tuvimos. También una que, como la de Nelson Specchia, pasó de 3 libros a 3333, número cabalístico y perfecto para pensar en una donación. Y claro, también están las nuevas bibliotecas “impalpables y digitalizadas”, al decir de Gabriel Ábalos, y que almacenan por miles libros “que no pesan nada” (Miguel Campercholi).

Hay bibliotecas que salen a la vereda, que viajan en tren, que van de un país al otro, que suben a un barco, que pasean por el jardín, que están enterradas para que no las encuentren los asesinos y que son “un llamado a la memoria del horror, a la importancia de todas las memorias” (María Teresa Andruetto). Y las hay quemadas en todos los tiempos y a lo largo de la historia y del mundo. Y por qué no, hay también bibliotecas sin libros, que dejan “espacios vacíos para los que en el futuro vendrán” (Mario Polakov).

Y además de los libros –elegidos, comprados, regalados, perdidos, prestados, robados, subrayados, atesorados, dedicados y hasta olvidados–, nuestras bibliotecas suelen estar en convivencia armónica con fotografías, adornitos diferentes, algún viejo CD que se ha mezclado, una latita con lápices, gomas y lapiceras, cuadros pequeños, una tarjeta postal venida de otros tiempos, anteojos que ya no usamos, una bolsita con remedios, dos o tres pinturas de uñas, una cajita con monedas y ese juego de llaves que no se sabe qué descuido ha dejado allí, y que hemos buscado por toda la casa.

Las bibliotecas tienen una lengua común, anudan memorias y emociones, nos abrazan: “Estoy arropada por los libros que expresan con el solo estar acá su enorme solidaridad, su poder de empatía e integración conmigo” (Luisa Valenzuela); nos miran, tienen oídos, cuerpo y voz, llaman a nuestra mano o a la curiosidad de un niño que manotea un libro como quien toma un juguete; y también pueden estar habitadas por el silencio: “¿Quién no escucha el temblor que sostiene un libro en su silencio?”, nos interroga poéticamente Pablo Carrizo.

Todas van trazando “una autobiografía personal” (Enrique Foffani); constituyen “el camino que hizo cada uno para la construcción de su propia identidad, para la construcción de sí mismo” (Livia Hidalgo); destilan olor a papel, a aceites esenciales, a moho y a vainilla. Convocan a nuestro tacto con texturas suaves, lisas, rugosas, granuladas, ásperas y también desafían nuestros oídos con sonidos graves, intensos, agudos o apenas audibles: “Mi biblioteca, dispersa y entusiasta, vive poblada de sonidos” dice Homero Bilbao.

Esta antología es más que una idea feliz de alguien que, mirando una tela de araña, pensó en las múltiples tramas de nuestros paisajes diarios, nuestros libros, nuestras bibliotecas, nuestros cerebros y hasta nuestros desamparos comunes en tiempos como estos.

Cabe preguntarse si esta trama, esta red de palabras, este lugar común de reunión, estos vínculos amorosos y solidarios podrán algún día conjurar el espanto de un soldado mercenario dispuesto a matar niños y niñas que están aprendiendo a leer con su maestra en una escuelita, con una biblioteca chiquita, un patio para jugar y un perrito callejero que es de todos. Me pregunto si acaso podrán escenas deseables que “subrayan momentos de brumas cansinas/ Son ingentes recuerdos de voces constantes/ Honradas mil veces en tantas escalas:/ Ni infieles ni extrañas las torres de libros/ Que esperan lugar y momento adecuado” (Susana Romano-Sued).

De un fervor que no cesa

Graciela Ferrero

El infinito en un junco. Qué octosílabo. Qué título para un libro sobre la historia de la escritura. Qué metáfora para aludir a cualquiera de los libros que fuimos guardando sobre los anaqueles de la biblioteca, sobre las mesas de luz y sobre cualquier superficie horizontal que los albergara.

Qué buen título para esta presentación³, que trata sobre un libro que habla de libros, de *biblos*, que en griego aludía tanto al libro como al papiro, de papeles elegidos y acumulados a lo largo de existencias personales. Y sus “tecas”: los espacios a ellos destinados. Estantes, anaqueles, muebles, depósitos... un número indefinido, quizá infinito, de galerías hexagonales (recuerden aquella de Babel) y hasta las piras de sus incendios.

Podría intentar un listado de atributos asignables a las bibliotecas en cuanto dispositivos culturales: ejercicios de memoria, reservorio de ideas, orden clasificatorio, monumentos de poder... Pero ¿qué decir de las bibliotecas personales? ¿Cómo explicar la construcción sin método ni ley de un infinito que recorre arterialmente las paredes de casas largamente vividas?

De otro modo, ¿cuál es el sentido y el origen de este libro o de los tantos escritos sobre bibliotecas?

Discurrir sobre el arte de poseer, organizar y perder una biblioteca propia, tal vez ha nacido en este gozne civilizatorio en que el papel va siendo sustituido por la pantalla, como una forma de testimonio, o tal vez sea una escritura de la edad, de los inviernos personales, como una suerte de fe de vida.

Lo cierto es que estos recuentos crepusculares encierran un saber-meta: no se trata solo de acumular libros sino de pensar la relación mística y hasta neurótica que desarrollamos con ellos. Habrá buscadores, es decir, sujetos/lectores que viajan de hexágono en hexágono al encuentro del libro que justifica su propia vida; u otros, que sostienen la idea de que en algún hexágono remoto existe un bibliotecario que ha leído el libro que es la clave y el compendio de todos los demás: el libro-Dios.

Walter Benjamin, Georges Perec, Alberto Manguel, Umberto Eco, Stephan Zweig, y más próximo en el tiempo, Roberto Calasso, el editor italiano, han escrito sobre la convivencia con los libros, sobre el orden cuestionable de las bibliotecas, sobre cómo deshacerse de ellas, sobre las “antibibliotecas” (conjunto de libros no leídos).

Pero como en las coplas de Jorge Manrique:

dejemos a los troyanos,
que sus males no los vimos,
ni sus glorias;
vengamos a lo de ayer

Volvamos entonces, presentes, del lado de acá.

¿Cuál es el discurrir de estos veintitrés escritores convocados por Mario Bomheker? ¿Qué los une en estos textos?

En primer lugar, diríase, la bibliofilia, el amor por los libros. Pero hay más, el orgullo del oficio: atesorar libros ha sido una tarea sostenida con rigor y fervor a través del tiempo y amerita ser dicha, ser contada. Historiar las bibliotecas como formas de la autobiografía personal, como dice Enrique Foffani o –como escribe también– Livia Hidalgo.

Contar la formación de sus bibliotecas y sus de-formaciones (mudanzas, saqueos, quemas y pérdidas). Contar el tiempo personal en ellas, describir sus espacios.

Las bibliotecas son sus “propiedades privadas” –tal vez la única privada de la que se jactan–: Mi biblioteca, dicen. Y vale el posesivo; que aquí no implica relación de dominio sino hospitalidad, saber del cuerpo y cartografía: de haber tenido que lanzarse en una loca carrera a través de sus libros, habrían sabido dónde poner los pies, cómo acelerar y en qué rincón del tiempo demorarse. Saber del cuerpo.

Los reúne una poética –de las bibliotecas–: una cadena, un singular ensamble de imágenes espaciales; porque las bibliotecas no son suma de libros, ni espacios entregados a la medida de los geómetras, sino lugares densamente vividos.

Hay una imagen común: la biblioteca es la casa. Esta es la *imago mundi*. No es una “habitación”, sino la totalidad de la casa y a ella se le asignan los valores de la casa/hogar: amparo y refugio, morada frente a la intemperie.

Candelaria de Olmos cierra así su texto –se refiere a las mudanzas–: “la biblioteca es siempre el lugar por donde empiezan las mudanzas... es por donde comienza a habitarse toda casa a la que voy. La biblioteca es un poco donde comienza la casa. Es la casa”.

Y Nelson Specchia: “(los libros) me han llevado a relacionar la idea de hogar con su presencia. Mi casa ha estado siempre donde estuviese mi biblioteca”.

Carolina Rossi: “desde pequeña, las bibliotecas han sido mi refugio y mi hogar.” Y esto justifica ese hermoso epígrafe de Ray Bradbury que sirve de umbral del texto: “Las bibliotecas me criaron”.

Pero además de esta identidad biblioteca/casa, la espacialidad se manifiesta en especies de fractales, espacialidades minúsculas que aparecen como pequeños mundos:

La biblioteca giratoria que formaba parte del amoblamiento del escritorio del padre de Gabriel Ábalos: “Era de madera, estaba pintada de negro y giraba sobre un trípode. No he vuelto a ver una biblioteca parecida”.

Homero Bilbao y un mueblecito paterno, austero y fundante:

una pequeña biblioteca colgante, hecha de tablas y cuerdas: tres maderas arqueadas, largo aproximado un metro, anudadas y enlazadas, y el enclave firme, arriba, en la pared.

Los pocos libros y su pasión por las letras.

Algunos de esos libros fueron luego con él, a las sierras. Algunos hoy están aquí. La bibliotequita colgante, previsiblemente, no llegó. Se perdió entre las mudanzas de la historia. No le hubiera disgustado –conjeturo– que fuera pasto de asado.

La biblioteca esquinera de Candelaria de Olmos; el estante bajo de la biblioteca del padre de Silvia Barei; la caja de los libros prohibidos de Laura López Morales.

Quiero detenerme aquí en una suerte de *excursus*. En casi todos los textos las bibliotecas son cosa de padres; masculinos, digo. Las madres son promotoras de lectura. Solo María Ledesma y, hacia el final del libro, Nelson Specchia redimen las bibliotecas de madre.

La biblioteca de mi madre, en cambio, era un caos: un pandemonium de volúmenes dispersos en pilas que crecían desde el suelo, que invadían todos los rincones, los espacios libres, los armarios, las alacenas, las mesitas ratonas, la sala de juegos, los cajones del chifonier, las poltronas de la galería de atrás. Sin embargo, esa anarquía diseminada tenía su lógica intrínseca: mi madre sabía exactamente qué libros estaban en qué lugar preciso en cada momento. A veces te pedía que le alcanzaras alguno, y sus indicaciones eran algo así como: “traeme, por favor, el librito de Girri, uno de tapas duras; está con un montón de moder-

nistas, entre uno de Darío y uno de Lugones, en la parte inferior de la pila que está junto a mi sillón del patio, sobre una maceta de crotos rojos”. Y así era ella, como su biblioteca.

El tópico, la cuestión del orden: otra imagen con arraigo en el espacio –persistente, recurrente en los textos– es el orden de los libros. Ordenar la biblioteca es una especie de asignación de espacios, de ubicaciones y, si se quiere, la tarea de transformar el caos en cosmos.

“Me decido a ordenar la biblioteca...”, así comienza María Teresa Andruetto. Y oficiante y cartógrafa, añade que es un rito anual en el interregno que va de Navidad a Reyes.

“¿Quién no ha fracasado en articular un orden deseado, soñado?”, se pregunta Elena Bossi.

El tercer fragmento de Enrique Foffani se llama “Las bibliotecas pierden a veces su orden”, y describe, entre otras, las inconsecuencias del orden alfabético que lo hubiera llevado a poner juntos a Vallejo y a Vargas Llosa, con consecuencias impredecibles.

Todos los aquí convocados –los conjurados– redicen el criterio de orden del gran Aby Warburg, el bibliotecario. Para él, una biblioteca no era un almacén de datos, sino un organismo vivo y un mapa del pensamiento humano. Su método se basaba en un concepto hermoso y revolucionario: la ley del buen vecino.

Warburg sostenía que el libro que vas a buscar a un estante no es el que realmente necesitas. El libro que de verdad necesitas es el que está al lado, el que no conocías.

Dos reflexiones distantes y distintas sobre las bibliotecas y su fundamento pasional: el arte moroso y rudimentario de la lectura.

Borges: “No hay en la vasta Biblioteca, dos libros idénticos. [...] La Biblioteca es total y sus anaqueles registran todas las combinaciones posibles de los veintitantos símbolos ortográficos”.

De Borges, a mis dos nietas mayores. Ambas habitan el borde de los cinco a los seis años. La mayor, Magnolia, me confesó con un punto de orgullo: “Martina sabe qué ruido hacen las letras. Yo leo. Sé el ruido que hacen las letras cuando se juntan”.

El infinito en un junco.